



6ª Salida de Peregrinos

Primera Etapa: Camino de la villa de Madrid

Se abría la mañana de Domingo 26 de Julio- S. Joaquín y Sta. Ana-, cuando empiezo, lo que considero la primera etapa de mi camino- permitidme el singular- , pues hasta ahora eran “Excursiones Preparatorias”. Me hago la ilusión que el despliegue mañanero de la vida es en mi honor y para mí solito, aunque rápidamente salgo de mi sueño al escuchar el atronador ruido de una moto de alta cilindrada. Como el aroma, la luz, la temperatura me han contagiado su optimismo, no tengo ningún problema en compartir tantas buenas vibraciones con el motorista- sólo siento no poder informarle-.

Como mi intención es que mi camino comience desde mi puerta- ni siquiera tomé el ascensor- , me presento en la mismísima calle con la intención de poner la ciudad a mis pies, cosa nada difícil, dada la situación de mi barrio que domina una amplia vista de la ciudad desde cierta altura. Me espera casi una hora de caminar en soledad hasta incorporar a la pequeña comitiva al siguiente peregrino; así pues, aprovecho para poner al día mis intenciones, cumplir con los requisitos de caminante y creerme que estoy en mi personal Camino de Santiago...Con un poco de imaginación consigo lograr los objetivos.

A escasos metros me topo con el anillo ciclista que transcurre paralelo a la Calle Fuente Carrantona, donde los amantes de la bicicleta deben llevar varias horas pedaleando, dado el gran número de los mismos que iban y venían. Atravieso la Avenida de Daroca entre sendas puertas que dividen los cementerios civil y Almudena, y aprovecho para recordar lo que se recuerda en los cementerios y prosigo mi caminar a buen ritmo. Me hubiera gustado decirle a la florista de la puerta que estoy comenzando mi peregrinación a Santiago, pero no lo hubiera entendido y preferí no hacer la risión.

A la hora prevista se incorpora la siguiente peregrina y continuamos por el Puente de Ventas, calle de Alcalá, Retiro, Cibeles... La ciudad ha claudicado y, definitivamente, se ha rendido a nuestros pies para manifestarse en todo su esplendor, sin la gente y el tráfico habituales. Nosotros, que somos de natural agradecidos, se lo hacemos saber y disfrutamos su entrega con verdadero disfrute de cuánto se nos presenta.

Visitamos la cercana Iglesia de Caballero de Gracia, continuamos por la calle Montera a saludar al Señor de la Salud y su Bendita Madre de las Angustias, para terminar calle Arenal abajo hasta la Parroquia de Santiago. Allí, nos espera la siguiente y última peregrina.

Entramos en el templo dedicado al Apóstol, que sustituye a aquél otro románico y que formaba parte de las doce parroquias intramuros, fundadoras del primer núcleo urbano del Madrid cristiano. EL famoso Rey Plazuelas lo derribó para abrir paso a una de tantas plazas. En ese S.XIX se reconstruyó en estilo neoclásico. Pues bien, nos encontramos con el paso y la imagen del Apóstol en retirada, no en vano, había salido en procesión el día anterior para celebrar su festividad.

Accedemos a la Sacristía, donde un amable sacerdote se aviene a nuestras solicitudes con toda clase de facilidades. Le informamos que estamos peregrinando a Santiago, que pertenecemos a la Hermandad de los Gitanos y que queremos recibir la bendición de inicio de camino, pero como no estamos todos los hermanos, quisiéramos que nos recibiera el día anterior a nuestra marcha a Galicia. Nos facilita un teléfono para avisarle del día que acudiremos y nombrarnos en la misa... agradecidos nos despedimos y reemprendemos la marcha...

Se nos presenta el problema de no saber bien hacia donde tirar. En esto que aparecen por allí una pareja de policías municipales a caballo, presentándose la ocasión pintiparada. Nuestra pregunta no obtiene respuesta- cosa que esperábamos- y nos encaminamos, guiados por un joven con perrito, hacia la calle de Santiago, Costanilla de Santiago, Plaza de la Ópera, calle Caños del Peral, calle de las Conchas, calle de las Veneras (concha semicircular de dos valvas, RAE, dixit) y desembocar en la Plaza de Santo Domingo.

Salimos de la zona más peregrina y nos adentramos en la larga calle de S. Bernardo para dirigirnos al convento de las Comendadoras de Santiago. Una vez allí y, después de llamar en muchas puertas, nos encontramos con la típica y propia vecina con ganas de hablar e informar de todo cuanto acontece. Con la proverbial simpatía y humanidad de los antiguos vecinos de Madrid, nos conduce a una puerta donde, según ella, nos podrían recibir las monjas. Previamente relató y se quejó del abandono que se encontraba el convento y las falsas promesas de restauración.

Llamamos, finalmente, a la puerta acertada, donde una monja, o quizá novicia, con aspecto foráneo, nos recibe con una dulce sonrisa que se convierte en sorpresa, ante nuestra petición de ser recibidos como peregrinos en el convento y poder acceder a sus dependencias como tales. Nos conduce por unos lúgubres pasillos y nos invita a sentarnos en unos desvencijados sillones. Por un momento queremos huir de allí, no queremos violentar la intimidad de una casa en una hora tan inadecuada. Nos comunica su intención de avisar a la Madre Superiora... desde nuestra perspectiva divisamos un claustro, no especialmente bello, pero sí práctico, donde parterres y plantas ornamentales se suceden sin demasiada simetría.

Nos sorprenden las guirnaldas verbeneras que cuelgan alocadas por diferentes lugares del patio y, caemos en la cuenta de la celebración del Apóstol el día anterior... Definitivamente, este signo de humanidad nos desarma y nos predispone a su favor.

Aparece una monjita que encarna la dulzura y la determinación en una misma expresión... nos escucha que somos peregrinos de la hermandad de los Gitanos, sin aparentemente entenderlo, nos deja hablar de nuestras intenciones; todo le parece bien y a todo accede sin poner reparo. Se sorprende de nuestro paso por allí- según nos informa, no pasan muchos peregrinos-, teniendo en cuenta la situación del convento, en espera de una restauración que nunca llega. Su intención, nos dice con cierta ironía, es escribir a tantos que disfrutan de tanto dinero que les sobra, para que colaboren con su obra y, sobre todo, está preocupada por la salvación de España en estos difíciles momentos... Ella, con una fe apabullante, lo pone todo en manos de Nuestro Señor y del Apóstol Santiago.

Nos invita a pasar a su despacho que, presidido por un inmenso óleo de Santiago peregrino, es de las pocas cosas enseñables. La monja -o novicia -de la sonrisa nos ofrece varias botellas de agua y comentamos la solidaridad con los peregrinos, a la vez que agradecemos el agua, como lo que es: agua; nada más y nada menos, la fuente de la vida. Charlamos acerca de nuestra próxima visita con el grupo completo y, revisando mentalmente su agenda, nos ofrece un número de teléfono para concretarla. Nos regala estampas con sus diarias oraciones y después de una sencilla conversación, accede a fotografiarse con nosotros, a pesar de estar en bata, sin el hábito y sin su crucifijo. Un "sol" de monja, de cristiana y de persona. Nos acompaña a la puerta, nos despide con un beso y nos deja una sensación de plenitud que nos dura toda nuestra ruta... y más.

Ahora llega la verdadera penitencia; emprender el camino por esas interminable calles ardientes, llenas de gente que no entendían que no se podían poner en medio- nosotros somos peregrinos, no paseantes en busca de aperitivo-. No tuvimos más remedio que mimetizarnos con el ambiente, reducir nuestro alegre trote y, por supuesto, tomar el aperitivo- ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Así con este cordial buen rollo y después de una alegre y reparadora comida, llegamos a la meta propuesta. Estación de Metro; Begoña. Desde allí retomaremos el camino en nuestra próxima salida.

Hasta entonces.

Agustín Salgado Grande